

I

Era una mañana de verano. El mar extendía su azul infinito y, paulatinamente, el sol ascendía en la profunda serenidad celeste. Tras el largo sueño de la noche, las flores despertaban lozanas. Las rocas negras exhalaban vapor a causa del rocío, tornándose grises poco a poco; de vez en cuando, pequeñas lascas de arena se desprendían de ellas perezosamente.

Hacia el oeste, entre unos picos, se erigía el antiguo monasterio. Semejante a una fortaleza, se encontraba por completo rodeado de zarzas, detrás de las cuales apuntaban las copas verdes de algunos chopos y castaños. Los puntiagudos tejados de tejas mugrientas, la parda cúpula de la iglesia, la muralla derruida e invadida en su abandono por las malas hierbas, las rojas hormigas que colonizaban cada rincón en largas procesiones —avanzando bajo el sol con enorme parsimonia—, el secular portalón de roble, las escaleras de piedra, rotas y desgastadas de tanto trasiego... Todo hacía pensar que aquello era, más que una vivienda propiamente dicha, un montón de ruinas por las que andar curioseando.

A la derecha del monasterio, se levantaban colinas con bosques, huertas, viñedos y pueblos de casitas blancas, esparcidas por las terrazas de las laderas; a la izquierda, un camino atravesaba como una cinta una

infinidad de campos verdes, que se perdían en la lejanía del horizonte; y frente a él aparecía el mar, cuya superficie era interrumpida de vez en cuando por alguna roca puntiaguda que emergía entre las olas.

Por la colina, a lo largo de las murallas, trepaban pequeños senderos sembrados de montículos hechos por los topos. Por uno de esos caminos, un viejo monje, con las manos a la espalda, se dirigía hacia la puerta del monasterio. Su hábito de paño estaba ceñido en la cintura por un cordón blanco, del pecho le asomaba parte del rosario, y sus zuecos de madera se arrastraban tableteando a cada paso. Su barba era rala y canosa; su mirada, vacua, inexpresiva, algo atolondrada. No había en él nada de ascético o de resignado.

Al llegar al portalón tocó la campanilla, y cuando un hermano acudió a abrirle entró en el patio. Este parecía abandonado, con su suelo de piedras cuadradas, entre las que crecían a sus anchas altos hierbajos. En medio había un pequeño estanque, cuyas orillas estaban invadidas por la bardana, el verbasco, la coronilla real y la arveja, que desplegaba sus flores sobre el resto de vegetación y la estrangulaba con sus ramas enmarañadas. El patio comunicaba, mediante una escalera, con una terraza larga y umbría. El viejo abrió una puerta y desapareció en el interior del edificio.

Desde el patio, a lo largo del alto muro del monasterio, se divisaban las ventanas con rejas negras de las celdas abandonadas. Una de ellas estaba completamente cubierta de hiedra; detrás de esa malla de hojas oscuras se distinguían, plantados en cazuelas, capullos de rosas blancas que buscaban el sol. Esa ventana daba a una celda en cuyas paredes se veían todo tipo de cu-

riosos bosquejos a lápiz: aquí un santo, allá un perrito revolcándose en la hierba, acullá un dibujo bien logrado de un escarabajo, unas flores, unas matas... Todo un cuaderno de bocetos diseminados por la pared. Un armario lleno de libros religiosos, una silla con respaldo alto, una capa colgada de un clavo, un arcón decorado con flores pintadas, un lecho sencillo bajo el cual podían verse un par de alpargatas y un gato negro... Eso era todo. El sol penetraba a través de la viva red vegetal de la ventana, atravesando la semioscuridad de la celda con temblorosos rayos de luz en los que jugueteaban miles de partículas en suspensión.

Un joven monje estaba sentado en la silla. Se encontraba en uno de esos momentos de plácida holganza, como cuando un perro se despereza al sol, estirando todos sus músculos, sin preocupación alguna. Su expresión era una rara mezcla de ensueño y frío raciocinio. Tenía unos ojos profundos y seductores, que parecían conscientes de su atractivo y capaces de mirar con atrevimiento.

Se acercó a la ventana y contempló la alta hierba del jardín, nacida a la límpida sombra de los árboles, y las naranjas que brillaban entre las hojas; tomó un lapicero y dibujó en la pared uno de aquellos frutos. Después, cogió una alpargata, la puso sobre la mesa y se quedó observándola. A continuación, abrió uno de los libros y, en la esquina de una página, comenzó a dibujarla. ¡Qué profanación de las Escrituras! Todos los márgenes estaban repletos de perfiles de mujeres, curas, caballeros, mendigos, comediantes... La variedad infinita de la vida, garabateada en cada centímetro de papel disponible.

El viejo entró repentinamente.

—¡Alabado seas, padre Onufrei!

—¡Yo no, sino el Señor! Ieronim, ¿en qué estás trabajando, bribón? —dijo socarronamente el anciano.

—¿Yo? ¿Pero cuándo he trabajado en algo? Esa suposición ofende mi carácter, padre. Me entretengo dibujando tonterías sobre las paredes, pero lo que es trabajar... ¡Soy más sabio de lo que aparento!

—Haces mal en no querer aprender a pintar.

—No hago ni bien ni mal. Me limito a no hacer nada. Solo juego.

—Estás enterrando tu talento.

—Entierro al diablo.

—*Apaga Satanas!* —dijo el viejo, saltando a la pata coja y haciendo con los dedos la señal de la cruz.

Ieronim se echó a reír.

—Padre, solo Dios sabe de dónde saca tanta alegría. Hasta yo tengo mis ratos tristes; pero esos seguramente usted no los ha conocido nunca.

—¿Triste yo? ¡Que me lleve el diablo si lo estuve alguna vez! La tristeza se aleja de mí igual que el Maligno huye del incienso. Pero deja eso y vente conmigo a la ciudad. Hoy, al visitar a tu abad, he puesto cara de circunstancias y le he dicho que te necesito para un funeral. He mentado, claro; pero el caso es que te ha confiado a mí en calidad de sepulturero. Así que, hijo mío, iremos a la ciudad. Conozco allí un lugar donde dan buen vino. Además, echaremos una partida de cartas con unos compadres, fumaremos unas pipas tranquilamente, y atisbaremos a través de las ventanas a las señoritas, aunque sin llegar a...

—Eso por descontado.

—¡Ah, me pregunto quién diablos te metió a monje, Ieronim!

—Y yo quién le metió a usted, padre.

—¿Quién? ¡Pues el diablo, naturalmente!

Si alguien pensara que las frivolidades de los dos religiosos tenían alguna trascendencia, se equivocaría. Sus fechorías, a pesar de las palabras con las que las magnificaban, no eran más que simples chiquilladas. Un vaso de vino, unas manos a la cartas, un poco de tabaco, una fugaz mirada de vez en cuando a la figura de una jovencita sonriente... Esos eran sus famosos desenfrenos; todo su encanto residía en el misterio con el que envolvían esas pequeñas andanzas mundanas.

Tras echarse una capa sobre los hombros, Ieronim puso una cara larga, muy acorde con el semblante afligido del viejo, para impresionar al portero al salir; abandonaron apresuradamente el monasterio y no aminoraron la marcha hasta llegar al camino principal que conducía a la ciudad.

II

—Condesa, convenceré a su padre para que la obligue a ser mía.

—¿Quién duda de que usted pueda y sea capaz de hacerlo? Mi padre le debe dinero, y usted desea a su hija; nada más natural, entonces. Llegarán a un acuerdo, como hombres de honor que son. Pero hasta que no me convierta en su esposa tengo derecho a que me deje en paz; ya tendrá tiempo de sobra para maltratarme cuando estemos casados.

El marqués de Castelmare, tras dirigir una mirada larga y salvaje a la mujer que despreciaba su propuesta, se apresuró a salir, cerrando la puerta tras de sí.

La bella condesa se giró hacia la ventana para observar la calle. Ieronim y Onufrei estaban allí. El primero mantenía un semblante de profunda y concentrada seriedad, mientras el otro, con las manos cruzadas sobre el vientre, pasaba las cuentas de su rosario. Se echó a reír al ver a ese viejo disparatado que intentaba componer una expresión piadosa para impresionar a los transeúntes.

«¡Qué viejo más chiflado! Parece un personaje de opereta. ¡Y qué guapo es el otro! ¡Son tan nobles sus rasgos! Es hermoso, grave, imperturbable... Parece un demonio. Francesco necesita a alguien así como modelo para su cuadro. Si pudiéramos echar mano de

él...», musitó para sí, sonriendo.

—¡Maestro! —gritó, acercando dos sillas a la ventana.

De inmediato, un anciano de barba gris ataviado con una túnica de terciopelo, de porte alto y sereno, entró y se acercó a la muchacha, interrogándola en silencio.

—Venga a mi lado. Siéntese aquí y mire a ese joven monje. ¿Verdad que sería un bello demonio para *La caída de los ángeles*?

—O un perfecto Adonis para *Venus y Adonis* —dijo el pintor, sonriendo—. Tú Venus y él Adonis.

—¡Huy! Eso es demasiado...

Francesco tomó su mano entre las suyas, y besó a la muchacha en la frente.

—Eres joven, así que ¿por qué no? Deseas amar, y cada fibra de tu corazón tiembla al oír esa palabra. ¿Acaso deseas casarte con Castelmare, un hombre al que no quieres? Tu padre, que es pobre, libertino, y un jugador empedernido, sería capaz de venderte al marqués con tal de saldar su deuda. Así que no tienes otra vía para huir de la desgracia que fugarte de esta casa. Sabes que soy rico y que te quiero como a una hija. ¿Necesitas un padre? Heme aquí. ¿Quieres un hogar? El mío está abierto para ti. ¿Anhelas un amante, Cezara? Allí abajo está. Yo también he amado, y conozco desde que era joven ese dulce desconcierto que experimentas. Tienes sed de amor, pero, a pesar de ello, serías capaz de dejar escapar a ese ángel genial, porque eso es lo que son los demonios, ángeles geniales; los demás, los que se quedaron en el Cielo, son un poco torpes —dijo el anciano en voz baja.

—¡Pero no voy a correr detrás de él! —exclamó ella, ruborizándose.

—¿Prefieres que vaya yo? Ya veo... Recibe mis cumplidos, señorita —dijo Francesco, apresurándose hacia la puerta.

El pintor salió, sonriendo con malicia, encantado con las contradicciones y las dudas que reflejaba el rostro de la joven Cezara.

Por su parte, ella se debatía entre detener o no al anciano. Pero, confundida y paralizada por la duda, no se movió de donde estaba, algo lógico en su situación. Al contemplar a Ieronim, el corazón le palpitaba acelerado. Estaba como loca; su rotunda belleza casi parecía matarla. Su rostro era de una blancura marfiléa, oscurecida solamente por la sombra violácea del fino entramado de las venas. Concentraba todos los ideales del Arte en la despejada frente y en aquellos ojos de un azul intenso que, a la sombra de las largas pestañas, brillaban y se volvían más oscuros y endemoniados. Su lustroso pelo negro se asemejaba al ala de un cuervo; su dulce boca, con el labio inferior algo más carnoso, parecía hecha para ser besada; su fina nariz y su mentón suave recordaban a los de las mujeres de Giacomo Palma. Cuando su cabeza, noble y bella, se erguía con una especie de orgullo infantil, semejante al de los caballos árabes, su largo cuello adquiría esa energía marmórea, a la par que vibrante, que encontramos en el busto de Antínoo.

La condesa, recostando su cabeza sobre una mano, miró al joven monje con un indefinible y resignado deseo. No se había tomado en serio las palabras de Francesco, pero bien le hubiera gustado que se hi-

cieran realidad. ¿Qué oscuras alegrías experimentaría su corazón ante aquella mirada? ¡Ah! ¿Quién podría decirlo?, ¿qué lengua sería lo bastante rica como para expresar aquella infinidad de sentimientos que no se concentraban en el amor mismo, sino en la sed de él? Se dedicaba a soñar en la ventana, a fantasear solamente, pero ¿no sería pecado proyectar de esa forma sus anhelos?